



Durán Vázquez, J. F. y E. Duque; (2019): *Las transformaciones de la educación. De la tradición a la modernidad hasta la incertidumbre actual*, Madrid, Dykinson, 266 pp.

¿Por qué ha devenido la educación en un problema de envergadura para los representantes de las instituciones, logrando transmitir una inflación suya a las clases medias y sobrecargándolas de una hiperresponsabilidad en este asunto, cuando los sucesivos pasos que se han dado en materia educativa han tenido que ser reformados en ocasiones incluso antes de ser implantados? Para dar respuesta a esta interrogante, ha aflorado una ristra de recetarios autoproclamados como salvadores de la educación, y que han sacado dividendos simbólicos de esta tesitura. En este clima de desorientación en torno a qué demonios hacer con la educación, irrumpe esta obra con un propósito claro: la descodificación de las claves que darían cuenta de la configuración de la educación en tanto proceso histórico. Irrumpe con el ánimo de despejar brumas y desmontar el efectismo de gran parte de los discursos a día de hoy imperantes en el mundo educativo, y no deja fetiche educativo con cabeza.

La opción hermenéutica adoptada es una perspectiva genealógico-histórica. En ella se echa mano de la impronta proporcionada por la sociología histórica para su aplicación al universo educativo, algo que, hasta la fecha, en nuestras latitudes resultó poco frecuente. El trabajo se compone de tres partes interconectadas en torno a un hilo conductor: el entendimiento de la educación como proceso enmarcado en una síntesis de determinaciones sociales de espectro amplio. A su vez, cada parte está estructurada entre dos y cuatro capítulos, en los cuales se va desglosando el trazado argumental de la obra. Cada capítulo se acompaña de unas conclusiones en donde se aclaran los aspectos fundamentales antes abordados más detalladamente. El primer capítulo centra su atención en los discursos mediante los cuales se configuró la concepción de la educación en las sociedades premodernas occidentales, desde la cultura griega hasta el ocaso del *Ancien Régime*. El segundo focaliza su objeto en los discursos legitimadores de la implantación y desarrollo del programa educativo moderno, así como en los detractores surgidos al calor de la atmósfera contrainstitucional de los años setenta. El último de los capítulos está dedicado a un entrelazado del fenómeno educativo en un contexto aclimatado por otras variables sociológicas que estarían incidiendo de lleno sobre su idiosincrasia, tales como la transformación y reconfiguración de la

esfera educativa, la remodulación funcional de la institución familiar, el perfil de la juventud como reciente producto social o el declive de las pautas socializadoras encomendadas a la tradición.

Todas estas cuestiones se tratan desde una finísima óptica histórico-sociológica, apoyada en un laborioso trabajo que refleja una madurez y coherencia conceptual en donde no cabe espacio para la ocurrencia. Decíamos que los autores enfatizan la trascendencia de la irrupción del discurso canónico moderno en torno a la educación, puesto que con este giro se fraguaría una *episteme*, en confrontación con la de etapas históricas precedentes. Esta permeó el sino adoptado por las variadas corrientes ideológicas herederas de las expectativas preconizadas por la modernidad, comprometidas en el destierro de los lastres desigualitarios asociados a la marca del *Ancien Régime*. Al hilo de lo anterior, una de las virtudes capitales de este trabajo es la de sugerir el delineamiento de una *episteme* en ciernes en lo que respecta a la interpretación de la praxis socializadora y, por ende, de la educación.

Para quienes hayan seguido el itinerario intelectual de uno de sus autores, José Francisco Durán Vázquez, las tesis aquí vertidas no resultan chocantes. Si en un trabajo anterior (Durán Vázquez, 2011) nos proponía una aproximación a la reconstrucción de los discursos mediante los cuales se cinceló la categoría de trabajo junto a sus implicaciones actuales en la esfera laboral, de lo que ahora se trata es de llevar a cabo una empresa semejante con la categoría de educación; una cuenta pendiente que el autor buscó zanjar. En ambos casos, se granjea unos riesgos conllevados en la determinación de escapar a una doble vía interpretativa sazónada de clichés. Una de ellas consistente en demonizar la ideología neoliberal, culpabilizándola de todos los males que aquejan al sistema educativo. La otra reaviva el peso de los ideales regulativos universalistas, meritocráticos e igualitarios enarbolados por un republicanismo a la francesa. La opción tomada en este libro es una opción alternativa a las dos vías mencionadas, y que, por eso mismo, se ubica un poco *fuera de lugar*. Es un camino en nuestras latitudes minoritario, solo acaso transitado, en una órbita foucaultiana, en los trabajos de Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela (1991), hasta la entrada en escena de unas nuevas formas culturales en el capitalismo que reclamarían un rearme conceptual adecuado a ellas.

Los autores aciertan en la diana del problema educativo cuando se atreven a tocar una tecla clave para entender los desajustes actuales en la educación. Se trata de la cuestión acerca de si puede ser salvaguardado, aun con todos los reciclados que se quiera, el programa educativo de la modernidad. Si, como aquí se sugiere, lo que se pretende es algo más que *salvar los muebles* de la modernidad, lo que los autores plantean es la insuficiencia y pérdida de fuelle de las *metanarrativas* modernas, tanto legitimadoras como explicativas, a la hora de dar cuenta de unos acusados cambios estructurales operados en la modernidad avanzada. Y aciertan todavía más cuando osan mostrar que el asunto nuclear con el que está obligado a lidiar actualmente la educación consiste en cómo conciliar el ansia de individuación, la exaltación de la diferencia, que impregna enteramente el cuerpo colectivo junto al mantenimiento de unos patrones normativos comunes de socialización institucionalizados. De ahí rezuma toda la

temática en torno a la descomposición de la noción de autoridad, no solo educativa en un sentido restringido, que está omnipresente a lo largo de la obra.

Otro asunto que acaso mereciera un examen más cuidadoso es la valoración de los discursos a los cuales se le atribuye un empeño por dinamitar el programa educativo moderno, fermentados en la sociología crítica de los años setenta. Y aquí Pierre Bourdieu y Michel Foucault se resisten a ser incluidos en el mismo saco y a ser concebidos bajo una unívoca directriz. Bourdieu, a la luz de los presupuestos axiomáticos que aquí se barajan, no rompería de lleno, ni tendría intención de hacerlo, con el marco del discurso educativo moderno. No se saldría de este, aunque, en efecto, denunciase certeramente su falseamiento ideológico a la hora de incumplir las expectativas democratizadoras de movilidad social. Pero Foucault sí que se saldría. ¿Qué pensaría el de Poitiers si levantase la cabeza y oteara los efectos *biopolíticos* imbricados a una personalización e individuación galopantes? Sobre todo cuando comienza a constatarse *de facto* la inclinación a una usurpación por parte del Estado, que él anunciara con rotundidad, de competencias en otra hora de la familia u otras instituciones, así como la monopolización, por parte de este, de modelos referenciales en la faceta socializadora que echan mano de discursos promotores de una autonomía del yo destinada a la extensión de una permisividad disfrazada de trucada tolerancia; y todo ello por mor de una administración *política* de la felicidad colectiva. Es sumamente plausible hipotetizar que Foucault hubiera detectado una transformación en el ejercicio de las disciplinas de dominación. Ahora el perfil operativo de estas es más sibilino, debido a que apelarían al fortalecimiento de una autonomía del yo encarrilada hacia la expresividad, a una confección de la subjetividad que llevará hasta el extremo la singularización.

Quienes busquen en este trabajo soluciones de tono edificante para los desarreglos educativos se habrán equivocado de faro. Eso sí, hallarán un excelente descifrado de los códigos explicativos de tales desarreglos, así como un diagnóstico inusualmente certero y, para más virtud, claro de lo que pasa en educación. Solo a partir de este diagnóstico, se propone una reflexión, a modo de epílogo, por la que pasaría cualquier intento serio de transformar la educación. Esto entrañaría reconsiderar si se puede seguir externalizando la educación y la crianza vinculadas al mundo de la familia, en virtud de criterios estrictamente productivos, sin que ello afecte a sus funciones. También reconsiderar si la institución escolar puede seguir legitimándose con relación al mero aprendizaje de procesos, sin apenas transmisiones de ningún tipo. Y finalmente repensar si los jóvenes pueden recibir algún mensaje de sus mayores cuando los espacios de encuentro entre las generaciones han prácticamente desaparecido, en unas sociedades como las actuales dominadas por la producción y el consumo. La obra que ahora se recensiona no propone soluciones fáciles, sino elementos para reflexionar con rigor acerca de la situación educativa actual, si se quiere actuar con responsabilidad, tanto en el presente como hacia el futuro.

Bibliografía

- Álvarez-Uría, F. y Varela, J. (1991): *Arqueología de la escuela*, Madrid, La Piqueta.
- Durán Vázquez, J. F. (2011): *La metamorfosis de la ética del trabajo: constitución, crisis y reconfiguración de la ética del trabajo en la modernidad tardía*, Santiago de Compostela, Andavira.

Ángel Enrique Carretero
Universidad de Santiago de Compostela
quiquecarreteropasin@gmail.com